

Trump intenta animar a los americanos con la promesa de un futuro boom

Los aranceles dividen a los republicanos a medida que el daño afecta a sus industrias, aunque el presidente confía en no aplicarlos

MERCEDES GALLEGO
Corresponsal



NUEVA YORK. Durante tres meses, las grandes empresas de inversión han evitado pronunciarse sobre los negros nubarrones que las políticas de Donald Trump podrían traer a la economía estadounidense, por temor a que la venganza de su gobierno se vuelva contra ellos. Ayer, anticiparlo era inevitable. Si cumple con los aranceles anunciados, el riesgo de entrar en recesión es del 40%, estimó JP Morgan.

Confrontado con el pesimismo bursátil de la jornada, el mandatario contraatacó con su realidad paralela: el desembarco de los aranceles «va muy bien», dijo, mientras se subía al helicóptero camino de su campo de golf. «Los mercados van a experimentar un boom, el país va a despegar», prometió. «Nos vienen seis o siete mil millones de dólares. Se han aprovechado de nosotros durante muchos, muchos años, pero eso ya se acabó».

Al amanecer, con el dedo en el teléfono, él mismo había asumido que la intervención arancelaria en los mercados globales puede conllevar un trauma, pero sigue apostando a que al final traerá un fortalecimiento de la economía estadounidense en beneficio de la clase trabajadora. «¡La operación se

ha acabado!», proclamó triunfal en la red de Truth Social. «El paciente ha sobrevivido y está sanando, el pronóstico es que será más grande, más fuerte, más resiliente y mejor que nunca».

Su delfín, JD Vance, admitió en entrevista con Fox News que a los estadounidenses «les llevará tiempo» ver los beneficios. «Va a ser un gran cambio, no voy a negarlo, pero necesitábamos un cambio muy grande». Trump ya había anticipado el miércoles en su discurso del Jardín Rosado que «los globalistas y los falsos medios» atacarían sus políticas arancelarias acusándolas de incrementar la inflación. Como prueba de que no ocurrirá, se remitía a su primer mandato, cuando una versión más moderada de los aranceles no se reflejó en los precios. Por el contrario, Vance acusó a la «economía globalista» y al gobierno de Biden de haber ocasionado a EE UU «una gran deuda» sin sentido. «Tomamos prestado dinero de los campesinos chinos para comprar las cosas que esos mismos campesinos chinos fabrican. Eso no es una receta de prosperidad, zanjó».

Globalistas o no, todos los economistas se rascaban la cabeza con la fórmula utilizada por la Casa Blanca para calcular esos aranceles personalizados en función de un supuesto desajuste de la balanza comercial. No solo la fórmula era rebuscada, sino que su aplicación no tiene sentido si lo que se busca es neutralizar el presunto daño infringido a EE UU. Así, por ejemplo, las importaciones de bacalao de San Pierre y Miquelon, un archipiélago con menos de 6.000 habitantes, se verán gravadas con un 50%. Rusia, sin embargo, está



Un operador durante la jornada negra de ayer en Wall Street. AFP

excluida de la lista, mientras que las pristinas Islas McDonalds, habitadas por focas y pingüinos, tendrán un 10% de aranceles, aunque no tengan nada que exportar.

La receta trumpista de comprar coches nacionales para evitar la subida de precios del 25%, que ha

impuesto por igual a todos los automóviles extranjeros, obligará a los estadounidenses a hacer más cambios que la marca de coche. EE UU importa el 64% de los puros de República Dominicana y veta cualquier importación de Cuba por el embargo contra el gobierno cas-

trista. Asimismo, compra el 88% de las piñas a Costa Rica y el 89% de los aguacates a México. Hará falta reinventar completamente los hábitos y costumbres para evadir las subidas.

Los aranceles empiezan a tocar a la puerta de casa. De ahí que ayer cuatro senadores republicanos rompiesen filas con el presidente, por primera vez en este mandato, para votar con la oposición en favor de anular los poderes de emergencia en los que se ampara Trump para intervenir y dejar la última palabra al Congreso. Una de ellas, la senadora Susan Collins, recordó que en su estado de Maine la isla de Prince Edward envía todos los años a Canadá entre 200 y 400 millones de dólares en langostas. Incluso si eligiera procesarlas en EE UU, se encontraría con que el país solo tiene 15 plantas, en comparación a las 240 de su vecino del norte, con el que le ampara un tratado de libre comercio firmado por el propio Trump en su primer mandato. «Somos más ricos gracias a Canadá», refutó el senador republicano de Kentucky Rand Paul.

Negociaciones

Trump cuenta con que no tendrá que aplicar la receta porque el mundo se plegará rápidamente a negociar una fórmula más ventajosa. Sus aranceles «ya han hecho que algunos países vuelvan arrastrándose a la mesa de negociaciones», presumía Fox News.

Frente a los que consideran contraatacar, el secretario del Tesoro, Scott Bessent, advirtió que lo tendrán más difícil para negociar. La táctica que aconseja es la de aceptar hamburguesas americanas, por muchas hormonas que traigan, si se les quiere vender aceitunas. «La UE no compra nuestra ternera, ni nuestro pollo, ni nuestras langostas», se quejó el secretario de Comercio Howard Lutnick. Y el problema no es solo con la UE. «No podemos venderle arroz a Asia, ni maíz a India. Entonces, ¿por qué le compramos los coches a Japón?».

El orden en el desorden

MASSIMO CERPELLI

Profesor titular de Economía y Finanzas en Deusto Business School



Así como el agua busca su propio camino el comercio internacional intentará dibujar durante los próximos años su nueva organización tras el anuncio de Donald Trump de introducir un arancel mínimo del 10% sobre todas las importaciones a partir del 5 de abril. Ursula Von der Leyen ha resumido este momento con una frase que explica gráficamente el panorama futuro de la economía mundial: «No parece haber orden en el desorden».

Sí, porque de eso se tratará, de poner orden en el desorden du-

rante los próximos años para dibujar una nueva globalización donde la primera economía mundial, de manera unilateral, ha decidido lanzar un órdago al resto del mundo, dando el pistoletazo de salida hacia un nuevo orden mundial.

Esta decisión desafía el equilibrio del sistema multilateral que se ha venido construyendo tras la Segunda Guerra mundial y sienta las bases para repensar no solo la globalización, sino la nueva organización económica de las próximas décadas.

Los mercados financieros han reaccionado claramente de forma

bajista, así como el oro ha continuado su subida imparable desde hace unos meses, tras el anuncio de la victoria de Trump en las elecciones de noviembre. Si a eso se le añaden las fluctuaciones del dólar y la huida de las inversiones desde Estados Unidos, todo apunta a que el escenario macroeconómico americano sufrirá durante este año una clara contracción de la demanda agregada acompañada de un repunte de la inflación. Lo que más bien supone un escenario de estanflación debido a la introducción de un impuesto indirecto al consumo vía aranceles.

Hay que entender todo este proceso en el que el 'profeta americano ha bajado del monte con las tablas de la ley', en el sentido más escenográfico del término, como un momento de renegociación del orden del comercio mundial en el que, según una lógica claramente empresarial, habrá que ir negociando de forma bilateral con el 'Presidente' para paliar los efectos negativos de dichos aranceles.

Es decir, los aranceles que ha entregado ayer Donald Trump al mundo entero son un tablero sobre el que empezar a dialogar para alcanzar acuerdos y compromisos que hasta ahora no se habían contemplado. En este sentido el arma de la diplomacia es la mejor herramienta que los gobernantes deberían sacar en los próximos meses para evitar el declive de las economías mundiales y de los beneficios que la globalización ha

proporcionado a la historia durante estas últimas décadas.

No existe alternativa a la diplomacia para neutralizar los temores de una guerra mundial comercial. En este momento cualquier decisión impulsiva y emocional descuenta el riesgo de costes futuros muy elevados. Es por eso que esta situación de inestabilidad e incertidumbre necesita de clases políticas que, conscientes del desorden comercial, sepan poner orden y reconducir las exigencias políticas de un nuevo presidente que está cumpliendo con todas las promesas de la campaña electoral americana.

Necesitamos de un orden en el desorden y solo podremos encontrarlo si somos capaces de entender que esta situación puede llegar incluso a ser una gran oportunidad para un nuevo orden comercial.